

Dinosaurios en la era industrial

A 100 años de la llegada de *Diplodocus carnegii* a La Plata

Una de las salas del Museo de La Plata alberga desde el año 1912 un regalo del multimillonario Andrew Carnegie a Roque Sáenz Peña, presidente de la Nación Argentina. Se trata de un calco de un dinosaurio bautizado *Diplodocus carnegii*, uno de los varios que existen en los principales museos de historia natural de Europa y el único en América Latina. El nombre del género *Diplodocus* se le debe a Othniel Marsh, profesor en Yale, quien, gracias a la fortuna que le había legado su tío George Peabody, pudo costear sucesivas expediciones a las Rocallosas. En 1878, Marsh creó el género *Diplodocus* a partir de los restos hallados por su equipo el año anterior en los estratos del Jurásico de Colorado. Marsh compuso el nombre a partir de dos palabras griegas: διπλόος (diploös: doble) y δοχός (dokos: viga o bao) dado que las vértebras de la parte baja de la cola del reptil se presentaban en pares y le recordaban la estructura de un navío. La forma del animal se completó con los hallazgos de una pelvis y de gran parte de la cola, descritas en los trabajos de Henry Fairfield Osborn, paleontólogo del American Museum of Natural History de Nueva York, hijo de William Henry Osborn, otro millonario de los ferrocarriles.

Una vez creado el Museo Carnegie en Pittsburgh, el mecenas de esta institución le encomendó al director William J. Holland continuar las líneas de investigación trazadas por Marsh. El 4 de julio de 1899 el equipo del Museo Carnegie festejaba el aniversario de la Independencia estadounidense anunciando desde Wyoming el hallazgo de los restos de *Diplodocus* cerca de los bancos de Sheep Creek en la zona de Albany. La matriz con los huesos del ejemplar más completo que se conocía hasta entonces fue enviada a Pittsburgh. Poco después se encontró otro espécimen y se empezó a pensar que se podía llegar a armar un esqueleto completo. Estos dos especímenes dieron origen a una nueva especie, que, en honor al protector, llevó el nombre de *Diplodocus carnegii*.

Los primeros bocetos de la restauración

del esqueleto completo de *Diplodocus* se le deben a Hatcher. Este dibujo reunía partes guardadas en el Carnegie Museum con los restos reunidos por Marsh (depositados en el U.S. National Museum) y el material del American Museum of Natural History de Nueva York. El animal fue presentado en una posición cuadrúpeda, aquella en la que se suponía permanecía mientras se alimentaba de las plantas que crecían en las orillas de las aguas del Jurásico tardío y el Cretácico temprano. Se postulaba, además, que el pequeño cráneo era sostenido por un cuello tan largo como flexible que le habría permitido una cantidad casi ilimitada de movimientos. La restauración en papel reveló sus proporciones extraordinarias y que el cuerpo propiamente dicho era extremadamente corto en relación a la cola y al cuello, con una enorme capacidad torácica y abdominal. Marsh originalmente había sugerido que el animal debió de haber sido de hábitos acuáticos y Hatcher acordó con esta idea dado que los huesos de las patas presentaban grandes áreas para la inserción muscular que, hipotéticamente, lo habilitaban para nadar. En la reconstrucción de Hatcher se remarcaba que *Diplodocus* era capaz de moverse lenta y pesadamente en la tierra. Los dientes finos y débiles hicieron pensar en órganos prensiles para obtener las plantas acuáticas o semiacuáticas de las cuales se habría alimentado en un paisaje similar al de la América tropical del bajo Amazonas y del Mato Grosso.

Carnegie recibió un boceto de lo que debió haber sido el esqueleto completo de la bestia mientras se encontraba en su residencia de verano en Escocia. Carnegie, un escocés arquetipo del *self-made man* y uno de los hombres más ricos de fines de siglo, celebró el hecho de haberse transformado en un tocayo del dinosaurio más grande de su época. Recordemos que su fortuna provenía de la industria del hierro, del acero y de los ferrocarriles. Con ella realizó una extensa obra filantrópica, de mecenazgo a la investigación científica y a la educación.

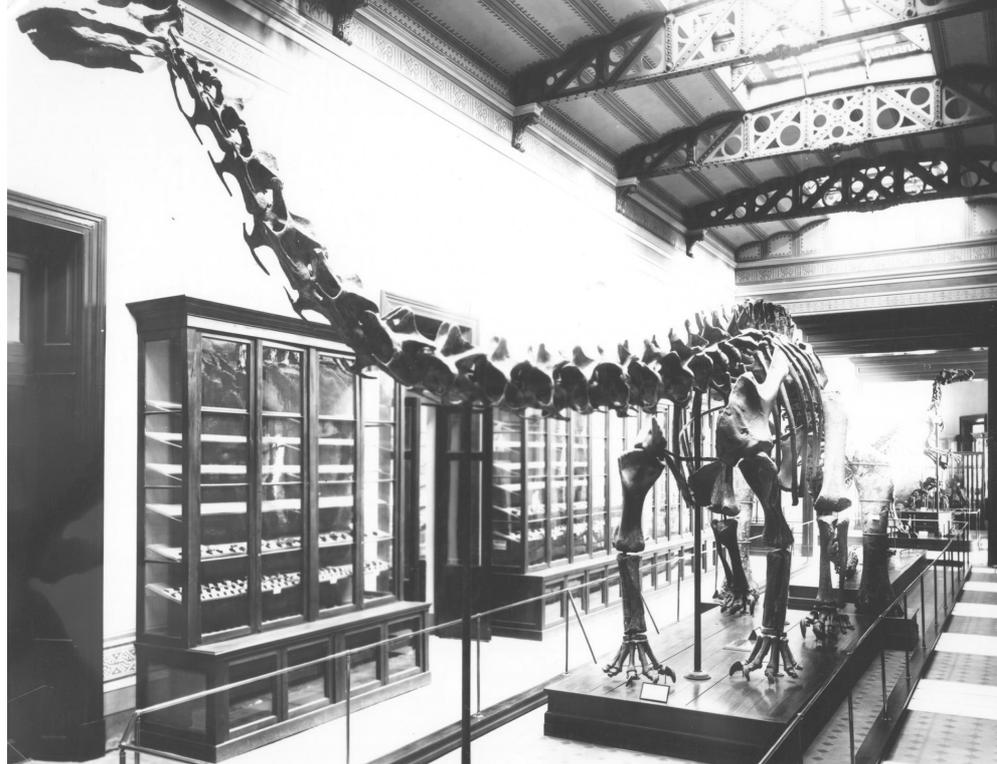


Foto: Archivo Museo de La Plata

Según los cronistas del Museo Carnegie, en una de las visitas que Edward VII hizo al millonario, el monarca británico le solicitó otro ejemplar de *Diplodocus* para Londres. Los paleontólogos, tratando de no herir los sentimientos de su mecenas o los del rey, explicaron que la posibilidad de encontrar otro espécimen era muy remota. Sugirieron, en cambio, recurrir al desarrollo de las mismas industrias Carnegie para emprender la construcción facsimilar del dinosaurio. Carnegie estuvo de acuerdo y autorizó la construcción de los moldes para más de 200 huesos y de un marco de acero para ensamblarlos. Resultó una réplica de 27,2 metros de largo y 4,3 metros de altura en la zona más alta de las patas. El dinosaurio se presentaba con el cuello extendido hacia delante y la cola desplegada hacia atrás. La primera copia de *Diplodocus* fue entregada como obsequio a Edward VII al Natural History Museum de Londres en mayo de 1905. Una imagen del mismo se puede ver en la película muda "The lost World" (1925), basada en la novela de Conan Doyle (http://www.archive.org/details/lost_world)

Andrew Carnegie aprovechó la matriz construida en sus industrias para reproducir al dinosaurio que propagaba su nombre y su capacidad industrial. Así siguieron los museos de Berlín y París en 1908; el Kaiserliches

Königliches Naturhistorisches Museum de Viena y el Museo Italiano de Paleontología de Bologna en 1909; la Academia Imperial de Ciencias de San Petersburgo en 1910; el Museo Real de Historia Natural de Madrid. De esta manera, *Diplodocus carnegii* se transformaba en otro objeto de la producción en serie de la empresa norteamericana.

La llegada de *Diplodocus* a las orillas de la Plata fue un acto excepcional. En 1911 Robert Lehmann- Nitsche, jefe de la Sección de Antropología del Museo de La Plata inició las gestiones ante la embajada argentina en Washington para recibir una copia de *Diplodocus carnegii*. El pedido lo iniciaba el jefe de una sección que no era el responsable de la sala que se debía poner a disposición ni tampoco una autoridad del Museo o de la Universidad. Dichas gestiones tuvieron éxito: en septiembre de 1912, llegaban el director del Museo de Pittsburgh, William Holland y su ayudante, preparador en jefe, Arthur Coggeshall para realizar la instalación.

Recordemos que desde 1906, el Museo de La Plata formaba parte de la nueva Universidad Nacional fundada por Joaquín V. González. Las memorias de la Universidad de 1912 destacan las modificaciones necesarias que hubieron de hacerse en esta primera institución para poder instalar el dinosaurio. *Diplodocus* se colocó en la Sala III de plantas e invertebrados fósiles de la sección Paleontología. Esta ubicación situaba al dinosaurio



Foto: Archivo Museo de La Plata

en la misma sala donde se exhibía su comida jurásica pero fuera del orden natural de la evolución que se pretendía reproducir en los planes originales del Museo de La Plata.

La instalación duró aproximadamente un mes. El 24 de octubre, en el Jockey Club, el Consejo Superior de la Universidad de La Plata realizó el banquete de despedida al “ilustre huésped”. Allí, Joaquín V. González celebró el papel que le cabía a la ciencia en el fortalecimiento de la paz internacional:

“El *Diplodocus carnegii* o *Pacificus* se halla ya instalado en el Museo de La Plata, entre una pléyade colosal de sus contemporáneos patagónicos para dar fe en todo tiempo venidero, de una remotísima época acerca de la cual, si no me atreviera a afirmar que reinase siempre la paz, aún fundada en el equilibrio de las fuerzas físicas, no vacilaría en decir que por lo menos todos los seres de la escala superior, incluso el hombre, podían sin rubor alguno, llamarse grandes; mientras

que los otros, los de la época actual, con toda la ciencia, las religiones y las filosofías acumuladas, apenas podemos comprendernos, igualarnos artificialmente, y vivir en paz unos al lado de otros, en nuestra pequeñez reconocida!”

En la retórica científico-espiritualista de González esta réplica industrial de un viejo esqueleto pasaba a formar parte de un paisaje idealizado, para crear un símbolo de la paz que se legaba al futuro en las salas de un museo. Holland tuvo otros homenajes: se lo nombró Profesor Honorario de la Universidad de La Plata. En el banquete, el centro de mesa reproducía a *Diplodocus* y el menú de la cena se componía de platos nombrados con referencias a la historia natural. Holland regresó a Pittsburgh en compañía de milodontes, toxodontes y gliptodontes, los más preciados fósiles de la paleontología argentina.

La vida de *Diplodocus* en el Museo de La Plata se vio conmocionada hacia 1920, cuando se encontraron en Neuquén los restos de un dinosaurio llamado *Antarctosaurus*, cuyas patas debían haber medido más de dos metros, superando al *diplodocus* y al gigantesaurio africano. El “dinosaurio argentino” era ahora el más grande del mundo. Aprovechando la estructura de *Diplodocus* se montaron, al lado de sus patas traseras, los dos fémures de *Antarctosaurus*, de manera tal que el público pudiera concebir cuán grande debió haber sido el reptil local. Este acto de orgullo nacional desnudaba, sin embargo, la imposibilidad de reconstruir un modelo completo a raíz de la falta de recursos que, como los mecenas industriales, estuvieran dispuestos a unir la confianza en el futuro con la celebración de un pasado grandioso. Y así, para muchos visitantes, las extremidades del dinosaurio neuquino serían la prueba de la excepcionalidad de un dinosaurio ya no de cuatro sino de seis patas que sólo podía observarse en el Museo de La Plata.

Irina Podgorny
UNLP-CONICET